

—Sobre la ciencia física actual puede consultarse mi libro *Masonería y hermenéutica* (con Javier Otaola).

—Respecto a la hermenéutica simbólica de A. Ortiz-Osés tiene especial interés la obra *Amor y sentido*.

—Sobre los Argonautas puede consultarse el texto de Pascal Quignard titulado *Butes*: para las versiones clásicas debe consultarse V. Flaco, Higino, Apolonio y Apolodoro, y tener en cuenta las Argonáuticas órficas.

—Para la cuestión del espíritu interesa la obra de Ludwig Klages: *Der Geist als Widersacher der Seele* (El espíritu como contradictor del alma vital).

—De san Agustín de Hipona importa aquí especialmente su tratado *De Trinitate*, pero también sus estudios sobre el Evangelio de san Juan.

—Respecto al mito de don Juan, pueden compararse las versiones de Tirso de Molina y José Zorrilla, así como los estudios de Ortega y Gasset y G. Marañón sobre el libertino español.

—La obra de san Juan de la Cruz ofrece su mística más extrema o purista en la interpretación en prosa de su poesía. Pero en su propia poesía mística Juan de Yepes proyecta una mezcla sublime de belleza espiritual y de espiritualidad bella.

—Sobre la espiritualidad mística tiene interés zen la obra del Conde Dürckheim: *The way of transformation*.

—Para el trasfondo literario concitamos en el texto la *Odisea* de Homero, *Las flores del mal* de Baudelaire y la *Poesía* de Fray Luis de León.

—Para el trasfondo artístico destacamos *La Pasión* según san Mateo de Bach, la *Capilla Sixtina* de Miguel Ángel y la *Arquitectura* de Venecia: sobre esta última puede consultarse *Las piedras de Venecia* de John Ruskin.

—Sobre la ópera y el bel canto remitimos a B. Gigli y M. Fleta en su interpretación del aria *Je crois entendre encore*/Mi par dudir ancor de *Los pescadores de perlas* de Bizet, así como a la interpretación del *Erbarme dich* de la *Pasión* según san Mateo de Bach por E. Beal y J. Menuhin (en la propia red).

—Remitimos también a la aforística de José Bergamín, especialmente su librito: Aforismos de la cabeza parlante.

—Concitamos la obra filosófica de Eugenio Trias, específicamente su obra musical: El canto de las sirenas.

—Respecto a la lógica heterogénea, paradójica o bivalente, puede consultarse la introducción de Franca D'Agostini a la obra de G. Vattimo: Vocación y responsabilidad del filósofo, así como para todo el trasfondo filosófico la Lógica de Hegel. (Nota cuántica)

En la física contemporánea (cuántica) el principio originario del universo está caracterizado por la supersimetría, el equilibrio y la perfección. Pero esa simetría primigenia se quiebra y desequilibra por el accidente o explosión denominada big-bang, el cual posibilita paradójicamente el tránsito tumultuoso de la simetría a la asimetría, del absoluto a lo relativo, posibilitando así el mundo de la vida con su imperfección. La poetisa G. Belli ha podido definir dicho big-bang como “el orgasmo de los dioses amándose en la nada”, ya que se trata de la eclosión del universo a partir de la nada o vacío preñado o preñad, y cuya consecuencia somos nosotros mismos. (Puede consultarse al respecto el librito de Jean Guittou y Grichka/Igor Bogdanov: Dios y la ciencia. Hacia el metarrealismo).

RECORDANDO A EMMANUEL MOUNIER (GRENOBLE, 1905 - CHÂTENAY-MALABRY, 1950)

Rev. Aragón. Teol. 38 (2013)

CARMEN HERRANDO GUGOTA

Tienen razón los que dicen que el cristianismo debe reencontrar los caminos de la tierra y las preocupaciones cotidianas de los hombres; tienen razón los que, al contrario, piensan que debe restaurar la Palabra de Dios en su altura sagrada. Tienen razón, salvo al decir 'al contrario'.

E. MOUNIER

AGONÍA DEL CRISTIANISMO

Estudiar Filosofía para hacer apostolado

Emmanuel Mounier nace en Grenoble el 1 de abril de 1905, en una familia de la pequeña burguesía y de origen campesino. Es hijo de padres cristianos; su padre trabajaba en una farmacia, y era estimado por su laboriosidad y por la dedicación a su familia. Emmanuel tenía una hermana mayor, Madeleine, que estudiaba en el colegio cuando él era pequeño. Desde bien niño se acostumbró a estar entre mayores, y esto favoreció que se desarrollara en él una actitud reflexiva. Muestra de ello es lo que cuentan sus biógrafos: que siendo muy niño ya se preguntaba «y a Dios, ¿quién lo ha hecho?».

Cuando Emmanuel tenía trece años, un incidente le marcaría para siempre: un compañero le lanzó una piedra y le rompió las gafas (que usaba por su acentuado estrabismo), pero también le destrozó un ojo; a esto vino a sumarse la sordera de un oído causada por una otitis mal curada. Pero nada de esto impidió que destacara por su aptitud para las ciencias humanas. Sin embargo, sus padres querían que fuese médico, y tuvo que ingresar en la Facultad de Ciencias de Grenoble. No le inte-

resaban gran cosa ni la física ni la química, pero se esforzó para aprobar estas asignaturas (puede que fuera aquello lo que le predispondría más tarde a estar muy atento al mundo científico). En la Facultad de Ciencias pasó un calvario, porque su vocación era otra. Y la desazón que le causó aquella contradicción pudo superarla gracias a un retiro —que calificó de luminoso— en la Acción Católica, donde militaba (ACJF – Action Catholique de la Jeunesse Française). Eran los años del apogeo de la Acción Católica: «Que el obrero evangelice al obrero», escribía poco después Pío XI en *Quadragesimo Anno* (1931); Mounier participó de esta herencia del catolicismo social, y fue entonces, gracias sobre todo al mencionado retiro, cuando comprendió qué es la verdadera humildad y cuando tuvo lugar su conversión, es decir «el paso de un pietismo tradicional y burgués a la vida verdaderamente cristiana», como escribe a su hermana Madeleine el 19 de diciembre de 1925.

«*Este es mi hijo, que desea estudiar filosofía para hacer apostolado*»: así presentaba Paul Mounier a su hijo Emmanuel al profesor más distinguido de la universidad de Grenoble, Jacques Chevalier. Y así presenta Bombaci a Chevalier en su biografía de Mounier: «Católico y bergsoniano, estudioso de la mística y cultivador de tradición introspectiva francesa, Chevalier vive su enseñanza como una misión dirigida a la formación de las élites católicas de Grenoble. [...] Durante su juventud había viajado mucho por Inglaterra, quedando favorablemente impresionado por el espíritu de las congregaciones calvinistas inglesas y por su organización. Según testimonio de Jean Guitton, hablando de ellas a los estudiantes, las describía como sociedades ‘personalistas y comunitarias’, en cuanto atentas a las exigencias de las personas y animadas por un cierto aliento comunitario».¹ Mounier llegó a admirar mucho a su «maestro incomparable»; le alabó exageradamente en su primer artículo de *La Vie catholique*, de abril de 1926. Aunque no dejó de reconocer las limitaciones de la formación que de él recibió; la relación con Chevalier conocería crisis, sobre todo en 1940/41, durante el gobierno de Vichy. Gracias a Chevalier se familiarizó Emmanuel Mounier con el pensamiento de Bergson, cuya fama sobrepasaba entonces los círculos filosóficos².

¹ Nunzio BOMBACI, *Emmanuel Mounier: una vida, un testimonio*, Persona, nº 4, Fund. E. Mounier, Madrid, 2002.

² Las obras de Bergson son puestas en el *Index* en 1914, y también Blondel es visto como heterodoxo porque se sale del

En estos años de universidad, Mounier frecuentó las Conferencias de San Vicente, fundadas en 1833 por Frédéric Ozanam, que en aquel clima naciente de catolicismo social no sólo pretendían atender a los más pobres, sino también conocer a personas de las clases más desfavorecidas para que tuvieran su sitio en la sociedad. Con el padre Guerry, párroco de una de las parroquias más pobres de Grenoble — Saint Laurent—, descubriría Emmanuel Mounier un mundo muy distinto del ambiente pequeñoburgués en el que vivía. Conocer realidades de marginación le ayudó a preferir a los más pobres, y eso le quedaría para siempre. La vida social e intelectual de Mounier comenzó a ser muy rica. Promovería, por ejemplo, un grupo de estudios católicos para futuros profesores, y otro de estudiosos de Platón. Y se interesó por el pensamiento de René Le Senne (especialmente por la caracterología que había elaborado este catedrático católico). Sus lecturas de entonces eran sobre todo André Gide y Charles Péguy, pero también le fascinó Jacques Rivière, director entonces de la *Nouvelle Revue Française*, quien se hizo católico tras una larga lucha e influido por Claudel.

El Diploma de Estudios Superiores de Filosofía de Mounier llevaba este título: «El conflicto entre antropocentrismo y teocentrismo en la filosofía de Descartes». Su conclusión fue que antropocentrismo y teocentrismo son dos caras de la trascendencia divina y no dos perspectivas independientes, pues el Dios inaccesible induce al hombre a bajar los ojos para centrarse en el horizonte humano y volver a hallar ahí la perspectiva divina.

En 1927 Mounier se desplaza a París para conseguir la *agrégation* en La Sorbona, el título necesario para poder ejercer la enseñanza superior y poder acceder al doctorado.

París, la ciudad indiferente

Simplemente soy incapaz de ponerme ante mi destino como alguno de esos jóvenes que he visto a mi alrededor, que organizan su asunto

tomismo estricto, en boga entonces en una Iglesia que velaba fuertemente por la ortodoxia.

como se traza un diseño. Tengo una idea muy nítida, sí, del sentido de mi vida. Entiéndelo como un impulso y una luz, más que como una dirección trazada. Por lo demás... He estado a punto de caer en la mentalidad de la 'máquina universitaria'. La prueba me ha salvado, y ahora siento escalofríos como por un peligro evitado. Quiero recibir y dar, eso es todo (incapaz de saber incluso si acabaré en el país de las cátedras y decidido a no cerrar nada por adelantado). Quizá sea además muy poco filosófico: ¿consiste ser filósofo en conceder más precio a una amistad que a una tesis?

CARTA A JEAN GUITTON, 10 DE AGOSTO DE 1928.

¡Qué sensación tan terrible le despertó aquella «gran ciudad indiferente», que es como sentía París! El pensamiento cristiano estaba estigmatizado en La Sorbona, donde Emmanuel halló un clima cultural del todo extraño para alguien cuyo libro de cabecera eran los *Pensamientos* de Pascal. Estaba entonces muy en boga el pensamiento idealista de Léon Brunschvicg, para quien, en la estela kantiana, la filosofía no suponía tanto aumentar la cantidad del saber como reflexionar sobre el saber existente. Pero Chevalier le había transmitido precisamente cierta aversión hacia el idealismo. Y Mounier veía a su profesor de la École Normale —Brunschvicg— como alguien «muy burgués, muy apoltronado». Sin embargo, en París encontró a Jean Guitton, quien trabajaba entonces en su tesis sobre el tiempo y la eternidad en Plotino y san Agustín, al tiempo que estudiaba el pensamiento del cardenal Newman (el desarrollo del dogma en él, concretamente). Fue Chevalier quien facilitó a Mounier el encuentro con Guitton, con quien ya correspondía epistolarmente. Jean Guitton es quien diría a un Emmanuel Mounier que dudaba mucho de sus propias posibilidades, que muchos le iban a seguir; veía su fuerza precisamente en una pluma que ya trazaba «batallones de minúsculos signos sin interrupción». Cuando Mounier presenta a Guitton el proyecto de *Esprit*, el gran pensador francés vio en ello un «signo de los tiempos».

Además de la amistad con Guitton, encontrará Mounier la dirección espiritual del padre Pouget, que no se limitaría a cuestiones interiores, sino que tendría además un carácter profundamente cultural. Jean Guitton consideró esta relación como paralela a la que vivieron décadas atrás nada menos que Charles de Foucauld y el padre Huvelin, párroco de san Agustín de París. Mounier visitaba un par de veces por semana al padre Pouget y tomaba nota atentamente de cuanto le decía. Admiraba sobre todo su alegría y su espíritu de pobreza; era uno de esos padres espirituales que santa Teresa habría recomendado a sus monjas, por tener mucha sabiduría en todo. Fue la persona que más ayudó a Emmanuel Mounier a caminar hacia una fe adulta y comprometida, y gracias a él se tomaría aún más en serio su fe cristiana, por más que no dejase de conocer momentos de titubeo, propios de quien quiere vivir su cristianismo con hondura. Murió en 1933.

Pero, antes que la del padre Pouget, Emmanuel Mounier había conocido otra muerte trágica: la de Georges Barthélemy, el único colega de estudios al que consideró su verdadero amigo; fue en 1928 y era la primera vez que el misterio de la muerte le tocaba de cerca. Esto escribía en aquellas circunstancias, un 8 de enero de 1928, a su hermana Madeleine: «No te puedes imaginar lo que se ha hundido en mi con esta amistad tan espontánea que desaparece... Habíamos llegado a ser amigos sin declararlo, por el descubrimiento inmediato de la correspondencia entre nuestras almas. Era también el amigo de los dieciséis años, nacido con la vida, insustituible para siempre. Siento el estruendo sordo de todas las zonas de mi pasado que se hunde, este aislamiento súbito, este aturdimiento de algunos sueños con los que se quiere atrapar en vano lo que se nos escapa...». Un poco como san Agustín, ante la muerte de su amigo. Con todo, el joven Mounier fue capaz de vivir cierta comprensión de la alegría que arraiga en lo hondo del sufrimiento. Bernanos escribió que en el ánimo humano la alegría tiene raíces tan profundas, que llega a identificarse con la tristeza. La muerte de Georges le hizo sentirse completamente ajeno a las banalidades, e influyó en él para llegar a sentir que debía hacer algo bueno en su vida, «no lo que los otros ven y admiran, sino el *tour de force* que consiste en imprimir el infinito en ella». Fue un verdadero acontecimiento para descubrir su vocación personal. Con ésta y otras circunstancias, Mounier llega a ver en el sufrimiento la

matriz de una vida auténtica. Esta experiencia de la alegría vivida en las profundidades del dolor será una constante en su vida interior, en sus adentros.

En 1928 se presenta al examen de la *agrégation*, junto a Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Jean Daniélou y Raymond Aron, que obtendría el primer puesto. Mounier quedó segundo (Sartre volvería a presentarse al año siguiente y, bien instruido sobre los procedimientos, lograría esta vez el número uno). El brillante resultado no reconcilió, sin embargo, a Mounier con la Sorbona. Aun así, pensó en una beca para emprender el doctorado, mas los acontecimientos le trazaron una senda diferente. Y el acontecimiento era para Mounier como el maestro interior.

Jacques Maritain, Marcel...

Durante aquel otoño de 1928, Mounier se alojó en la *Maison de la Jeunesse*, que dirigía Jean Daniélou. Allí conoció a Georges Izard (junto a quien fundaría *Esprit*), y gracias a Daniélou hijo y a Jean Guitton fue introducido en el círculo de amistad de Jacques y Raïssa Maritain, que fueron dos grandes conversos. El Maritain que Mounier conoce es alguien que se había cuestionado varias veces sus propias convicciones, y al que Mounier veía como modelo de rigor y honestidad intelectual; rondaba entonces la cincuentena. Maritain apreciaba en el joven Mounier la nobleza de corazón, la fe sobrenatural y el celo por la pureza en cuestiones intelectuales. Aquellas reuniones de las tardes de los domingos en casa de los Maritain se conocían como *conversaciones de Meudon*, y lo abarcaban casi todo: desde la literatura hasta la música —Mounier tocaba el piano y le encantaban los conciertos—, pasando por la teoría política o por la mística. A Meudon acudían regularmente Marcel Arland, crítico literario de la *Nouvelle Revue Française*, el escritor Jean Cocteau, los teólogos Charles Journet y R. Garrigou-Lagrange, el orientalista Louis Massignon, amigo del padre De Foucauld, o los filósofos Nicolás Berdiaev y Gabriel Marcel.

Gabriel Marcel se ocupaba entonces de hacer una indagación filosófica seria centrada en el estudio de la experiencia interior, enfocado

desde el existencialismo cristiano. Para Marcel, el intelecto no es capaz de entender el misterio de la existencia, que es «tensión hacia el ser». La influencia de Marcel es clara en Mounier, quien verá a la persona como «movimiento hacia el ser»... Por otra parte, la relación entre el ser y el tener, en la que Marcel profundizaría con gran tino, también habría de influir en Mounier, sobre todo en su análisis de la mentalidad burguesa, cuando considera que la esfera del ser es la de la relación auténtica, mientras que la del tener se relaciona con algo externo que se cree dominar, pero que no se domina en absoluto.

El grupo de Meudon veía llegar la gran crisis que se avecinaba. Entre ellos, Berdiaev, el más representativo de los rusos post-revolucionarios que vivían en París, conjugaba en su pensamiento las riquezas de una tradición como la socialista, que vela por la justicia, y la necesidad de un renacimiento espiritual, como también plantearía Mounier en *Rehacer el Renacimiento*. Mounier tomará de Berdiaev alguna de sus ideas sobre el trabajo, que es la manera que tiene el hombre de dejar su sello en la creación. También caminó con Mounier en *Esprit*.

Las *conversaciones de Meudon* supusieron, así, para Mounier, el arranque de una reflexión profunda entre fe y cultura, uno de los problemas que más inquietaban entonces a Maritain, quien publica *Religion et culture* en 1930; pero también el despertar de su conciencia ecuménica, alimentada por la presencia en Meudon de católicos y ortodoxos, así como la importante consideración del diálogo interconfesional, por el que tanto se interesará después. Además, nacía entonces la conocida como *Nouvelle Théologie*, con autores que estarán muy presentes en los círculos de Mounier y participaron con asiduidad en *Esprit*: de Lubac, Chenu, Congar o Daniélou.

Maritain invitó a Mounier a leer a santo Tomás, pero Mounier no se embarcó en tal empresa. La noción de persona que fructifica en su pensamiento está más relacionada con san Agustín. Podría simplificarse la cuestión diciendo que Maritain, fiel a la perspectiva tomista, se adhiere a una noción sustancialista de persona, mientras que Mounier tenderá a valorar más los aspectos personales de la relación y la comunicabilidad, llegando a definir la comunidad personal como *persona de personas* donde cada cual realiza su propia vocación personal,

y la comunión del conjunto es la resultante de las metas de cada uno, como consta en el *Manifiesto al servicio del personalismo*.

Meudon contribuyó asimismo a madurar la sensibilidad política del futuro director de *Esprit*, un «distinguir para unir», como quería Maritain, entre lo espiritual y lo temporal, considerando que lo temporal es diferente, pero sin tratarse de campos separados. También interiorizará Mounier el principio de *pluralismo* que contiene la reflexión mariteniana, fundamental en una sociedad donde conviven valores tan diversos. En la explicitación, tan importante para los cristianos, de la mediación entre fe, cultura y política, Mounier va más allá que Maritain, y atribuirá a los laicos la responsabilidad principal.

Charles Péguy

...La Encarnación. Toda realidad es una imagen de esta 'pieza capital' del cristianismo. Cristo tomó la Encarnación en su exactitud y en su plenitud, sin reservas, sin fraude. Fue también—sin dejar de ser Dios—un hombre entre los demás, un santo entre los demás, el primero de los hombres y el primero de los santos. Como ellos, ligado a un lugar, a un tiempo, a una raza carnal, a una historia. Hay Evangelios y relatos. Los cielos resplandecen eternamente con la gloria de Dios: a Cristo se le relata. No fue un gran santo en el trono, como san Luis, ni una gran santa bajo las armas, como Juana de Arco. Eligió un puesto. Para narrarlo se precisan cronistas, como san Luis tiene necesidad de Joinville, y Juana de Arco de los pobres clérigos que escribían en el interrogatorio las preguntas y las respuestas. Libre incluso en el último momento ante las profecías, fue un acontecimiento, y como tal quiso vivir, precario y discutido; se entregó a los exegetas y a los historiadores por la misma decisión por la que se entregó a los verdugos, porque quería que su memoria fuese también una memoria humanamente conservada, como su cuerpo era un cuerpo de hombre, que se condolía del sufrimiento humano. En este orden ratificado por Cristo, lo espiritual, que es dueño y señor, y lo eterno, que lo es todo, están perpetuamente expuestos por su encarnación a las inquietudes y a las incertidumbres de la materia.

E. MOUNIER, EL PENSAMIENTO DE CHARLES PÉGUY

Mounier disfrutó durante un año una beca doctoral, y para acceder a otra de tres años se vino a España durante tres semanas a buscar tema entre los autores místicos españoles; eligió a Juan de los Ángeles (1536-1609). Pero entretanto quedó cautivado por el poeta Charles Péguy. Daniélou organizó unas conferencias sobre Péguy e invitó a Mounier a presentar su pensamiento religioso. Péguy, como Maritain, era un converso. Se distinguió por un pensamiento independiente y por su aversión a los convencionalismos del mundo académico. Entre 1900 y 1914 fundó y dirigió *Cahiers de la Quinzaine*. Era un socialista nada convencional, que optó por un nacionalismo deudor de la grandeza del pasado de Francia (de ahí su admiración por Juana de Arco). Denunció la degradación de la *mística* socialista en política —que siempre acaba conquistando el poder—, y tras su conversión reprochó a muchos sacerdotes ser «funcionarios de lo sagrado» y encarnar una religión confabulada con las injusticias. Fue un abanderado de la sencillez de las virtudes evangélicas y el gran cantor de la esperanza (que Mounier entenderá como *optimismo trágico*). Muchos especialistas en Mounier afirman que es Péguy quien hace a Mounier ser él mismo, y que Mounier toma de Péguy la aversión al mundo del dinero, su distinción entre *mística* y *política* y la importancia para la vida cristiana del misterio de la Encarnación. De Péguy también admira Mounier su opción por la pobreza, ideal que él abraza y vive con admirable coherencia. Péguy jugaría bastante en la negativa de Mounier a seguir en el mundo académico oficial.

En la *Maison de la Jeunesse* de París, Izard y Daniélou plantean escribir una obra sobre Péguy, que acaban escribiendo Izard, Mounier y Marcel Péguy, hijo del poeta, ya que Daniélou ingresó en la Compañía de Jesús. El libro se publicó en 1931 en la colección *Le Roseau d'or*, que dirigía Maritain, en la editorial Plon. «Nadie ha captado a Péguy mejor que Mounier», llegó a escribir Bergson. «En este mundo turbado —escribe Mounier sobre Péguy—, algunos hombres llegan a nosotros lo mismo que niños con ojos cargados de milagros. Llevan sobre sí, como una sonrisa, esa pureza hacia la que los demás aspiran laboriosamente, y de ese despertar que florece en ellos irradia un mensaje [...] Péguy nos reconcilia con todo lo que proviene de la tierra. Ignora a los hombres de letras y los problemas que éstos discuten. Surgido del pueblo, no quiere salir del pueblo. [...] Voluntariamente, sin estrépito, renuncia a

la ascensión gradual que conduce al éxito y se desposa con la pobreza de todo el mundo, sin salirse de la fila»³. A la generación de Mounier, hambrienta de maestros testigos, Péguy se apareció como un hombre que «pensaba su vida y vivía su pensamiento, que se cruzaban la una sobre el otro como dos manos juntas para una misma plegaria»⁴. Aunque fue más poeta que filósofo, Mounier no le niega el estatuto de metafísico.

***Esprit* o el intento de salir del desorden establecido.**

No sabes cuán disgustado me siento por el momento de la enseñanza, tal como me la condiciona el Estado francés. Me aferro a París, esa última libertad de gestos y de pensamientos; no puedo resolverme en el último momento. Y, además, con la conciencia de que nos espera en algún lugar del camino una catástrofe social o internacional, ¿cómo aceptar las carreras de jubilación? Sólo veo mi salvación, es decir, mi vocación, en la gran apuesta. Quizás podríamos arriesgarnos juntos. No somos nada, y esto me espolea. Tenemos la pobreza total de donde nacen las obras.

CARTA A GEORGES IZARD, 26 DE DICIEMBRE DE 1930.

La beca de tres años que pide a la Fundación Thiers no funcionó. Mounier empezó a trabajar en enseñanza secundaria, en el colegio Sainte-Marie de Neuilly, de madame Daniélou, y en el instituto Saint-Omer. Pero los acontecimientos le mostraron que la enseñanza no era su vocación. Concibe así la fundación de una revista que sea órgano de renovación profunda, capaz de un auténtico ejercicio de pensamiento entre personas con diferentes visiones del mundo, pero coincidentes todas ellas en la convicción profunda de que existe un verdadero primado del espíritu, sea de origen religioso o no. «En esta época (Navidad de 1929) —escribe— se cristaliza en mí un triple sentimiento: 1) El

³ Emmanuel MOUNIER, *Obras completas*, vol. I, ediciones Sígueme, Salamanca, 1992, vol. I, pp 27-28.

⁴ *Ibíd.* p. 36.

sentimiento [...] de que un ciclo de creación francesa se había cerrado, de que había cosas que pensar que no se podían escribir en ningún sitio; de que a nosotros, pianistas de 25 años, nos faltaba un piano. 2) El sufrimiento cada vez más vivo de ver nuestro cristianismo solidariado con lo que yo llamaría poco después 'el desorden establecido', y la voluntad de hacer una ruptura. 3) La percepción de una crisis total de civilización bajo la reciente crisis económica»⁵.

Mounier es consciente de que la cultura europea vive una crisis enorme; a tal toma de conciencia contribuyeron en Francia el *affaire Dreyfus* y el célebre *J'accuse* de Zola (1898), a los que vinieron a sumarse las durísimas consecuencias de la Primera Guerra mundial. Atribuía gran importancia a la labor de los intelectuales, en aquel contexto, reivindicando con fuerza la responsabilidad del hombre de cultura, y sobre todo la de quienes creían en la primacía del espíritu, quienes, como dice san Pablo, pueden juzgarlo todo desde ahí: *Homo spiritualis iudicat omnia* (1 Cor 2, 15).

Crisis significa «momento de decisión y de juicio». Mounier criticará a quienes reconocen en el desorden vigente únicamente una crisis de estructuras, y a quienes lo atribuyen sólo a la falta de valores morales. A su juicio, la renovación tiene que darse en dos frentes: edificando nuevas estructuras y construyendo un nuevo humanismo. En esto consiste la tarea de «rehacer el Renacimiento»: el espíritu del Renacimiento, apreciable por su afirmación de la eminente dignidad del hombre en el universo, había quedado fuertemente limitado por el individualismo, y así llegó a ignorar una dimensión esencial de la persona: su vocación comunitaria (cuestión puesta de relieve por algunas corrientes intelectuales algo marginales en la Francia del XIX). El hombre de principios del siglo XX sufría una doble alienación: la alienación idealista, que «se manifiesta, en efecto, en el plano de la reflexión, por una especie de primado decadente de la idea descarnada sobre el pensamiento comprometido y la experiencia decisiva; por el desarrollo canceroso de la rumia intelectual, de las dialécticas sin apoyo, de los pensamientos gratuitos y de los ideales ineficaces»⁶; es decir, un idealismo o espiritualismo desencarnado donde la interioridad de

5 Carta a Jérôme Martinaggi, del 1-IV-1941. *Obras Completas*, vol. IV, Sígueme, Salamanca, 1988, pp. 539-540.

6 E. MOUNIER, *Qué es el personalismo*, *Obras Completas*, vol. III, Sígueme, Salamanca, 1990, p. 230.

la vida personal equivale al egoísta repliegue sobre uno mismo, olvidando que la persona «es un dentro necesitado de un fuera». Y la alienación del activismo, que lanza a la persona al reino de las cosas, de la producción, de la manipulación y de la conversación banal; un activismo desenfrenado que despersonaliza al hombre y lo dispersa entre la cháchara y los automatismos, impidiéndole encontrarse consigo mismo en sus adentros. Tal alienación no es sólo propia del colectivismo comunista, sino que también va ligada al progreso tecnológico y al uso —y abuso— de las tecnologías. Para superar esta alienación hace falta una revolución que devuelva al hombre «esa virtud interior que da autoridad, independencia y libertad con respecto a las cosas».⁷

La crisis empuja a Mounier a buscar una respuesta muy vinculada vitalmente a su identidad cristiana. Y tiene en cuenta sobre todo a pensadores que emprendieron por aquellos años una búsqueda de lo que se llamó *Philosophie de l'Esprit*, como Le Senne y Lavelle, a quienes pedirá con frecuencia colaboraciones. En el manifiesto que anuncia la pronta aparición de *Esprit*, escribe:

¿Cómo no estar en permanente revolución contra las tiranías de esta época? Rechazamos en ella: una ciencia separada de la sabiduría con excesiva frecuencia, bloqueada en ocupaciones utilitarias; una filosofía vergonzosa, ignorante de su papel y de los problemas que nos afectan, que mendiga ante la ciencia una verdad que anuncia relativa por adelantado, y apenas capaz de demostrar que la ciencia no puede llegar a ella; unas sociedades gobernadas que funcionan como casa de comercio; unas economías que se agotan para adaptar al hombre a la máquina y no sacar más que oro del esfuerzo humano; una vida privada desgarrada por los apetitos, desquiciada, conducida a todas las formas de homicidio y de suicidio; una literatura separada de nuestra naturaleza por las complicaciones y artificios, o atascada en un tiempo que debería estar inspirado por ella; la indiferencia, que llega hasta nosotros, de aquellos que tienen entre las manos al mundo y lo envilecen, lo derrochan, o lo desprecian. No hay ninguna forma de pensamiento o de actividad que no esté esclavizada por un materialismo propio.

⁷ *Ibíd.*, p. 232.

*Por todos sitios se imponen al hombre sistemas e instituciones que lo desprecian: el hombre se destruye cuando se pliega a ellos.*⁸

La respuesta a estas inquietudes da como fruto una revista y un movimiento en torno a ella: *Esprit* y el movimiento *Esprit*. Todo esto tuvo una larga gestación. En agosto de 1932 (entre el 16 y el 23) Mounier y sus amigos celebraron un congreso en Font-Romeu, en los Pirineos, donde Mounier expresa su visión y sus perspectivas, en un texto titulado «Les directions spirituelles du mouvement Esprit» (las direcciones espirituales del movimiento Esprit), que se convertirá en editorial del primer número de la revista, con el título *Refaire la Renaissance*. Unas veinte personas participaron en el congreso, que constituía una doble fundación: la revista *Esprit* y el movimiento que comenzó llamándose *Troisième Force* (Tercera fuerza, para subrayar el rechazo tanto del comunismo como de la sociedad burguesa), pero que al año se separaría de Mounier y de *Esprit*, y desaparecería en 1934.

Esprit no sería, pues, ni la revista de un partido político ni una revista católica, como al parecer hubiera querido Maritain. «Mounier construyó una revista en la que los católicos se cruzan con otros ideales espirituales, pero sobre la base de un acuerdo en torno a ciertos valores y otras convergencias en el plano espiritual»⁹, escribe Guy Coq.

* * *

8 Emmanuel MOUNIER, *Obras completas*, vol. IV, *op. cit.*, pp. 553-554.

9 Guy COQ, *Mounier. L'engagement politique*, Michalon, París, 2008, p. 15.

...No obstante, voy a pedirte una pequeña parte de tu vida. Esprit no será solamente una revista: fundar una revista es una evasión muy cómoda. Quiero que sea también un circuito de amistades activas, inclinadas según su vocación hacia una colaboración intelectual, o hacia la acción sobre la opinión. Intento crear en tantas ciudades como pueda un grupito de trabajo que recibirá el resumen de las reuniones del comité central, intercambiará con él sus sugerencias, discutirá, tomara iniciativas, dará conferencias, hablará, hará propaganda, contradirá. En fin, ya ves, muchas cosas.

CARTA A JÉROMINE MARTINAGGI, 8 ABRIL DE 1932

Y así empezaron a caminar. La cuestión financiera no era la menor, desde luego. No fue casual que en este periodo Mounier leyese a Santa Teresa, con las dificultades que encontró en sus fundaciones. En ella halló el modelo de alguien a quien nada se le pone por delante cuando tiene que pedir algo a los poderosos, y que confía infinitamente en su Señor. Además —observará Mounier—, al rechazar para sus conventos la renta fija, Teresa muestra que vivir en precariedad es una exigencia de la pobreza evangélica, de la que tendrá buen testimonio en Louis Massignon, el hijo espiritual de Charles de Foucauld, quien le invitó a no hacerse ilusiones, a ir hasta el final, y a considerar y aceptar la parte de soledad a la que tendría que hacer frente. Mounier llamó a muchas puertas para conseguir ayuda económica. Las Ediciones *Esprit* asumieron la forma jurídica de sociedad cooperativa de capital variable (tras empezar completamente en precario, se instalarían en las oficinas de Desclée de Brouwer). Comenzaron sin un franco. Mounier trabajaba en un instituto de provincias, y ganaba 26000 francos, mientras que un catedrático de instituto en París ganaba en torno a los 60000¹⁰. Los cuatro fundadores de *Esprit* fueron: Georges Izard, André Déléage, Louis-Émile Galey y Emmanuel Mounier. Muchos de los que acudieron a Font-Romeu abandonarían antes del año. Pero ahí estaban intelectuales como Marcel, Berdiaev, de Rougemont, o Lacroix, apoyando incondicionalmente la causa.

Lo que Mounier propuso en aquel primer editorial de *Esprit* era la necesidad de trabajar en un renacimiento espiritual que recuperase las

¹⁰ Carlos DÍAZ, *Emmanuel Mounier*, Sinergia serie verde, n° 8, Fundación E. Mounier, Madrid, 2000, p. 34.

dimensiones de la experiencia humana que planteó el Renacimiento y que sólo imperfectamente realizó: la vocación a la trascendencia y los valores comunitarios. No se trataba de renegar de la antropología del Renacimiento, sino de integrarla para llevarla a plenitud, como dice Bombaci¹¹.

Uno de los imperativos del movimiento *Esprit* fue la ruptura con el mundo burgués. El número de marzo de 1933, *Ruptura del orden cristiano y del desorden establecido*, sobre las necesidades que tenían los creyentes de dejar a un lado los falsos valores burgueses, fue muy polémico. En su artículo *Confesión para nosotros, cristianos*, Mounier recuerda en estos términos la doctrina del cuerpo místico: «Hay toda una teología, poco conocida por el cristiano medio, del Cuerpo místico y de la comunión de los santos, que podría ser muy bien la teología de este tiempo. No es que confundamos, como se nos ha acusado recientemente en *Action Française*¹², comunismo y comunión. Pero el Reino de Dios no está solamente *en nosotros*, está *entre nosotros*; lo hemos olvidado con demasiada frecuencia desde el Renacimiento y la Reforma. Un estrechamiento de los lazos y de los servicios sociales podría revelarnos regiones inexploradas del hombre.»¹³.

Son éstas, pequeñas pinceladas de la dinámica que adquiriría *Esprit*, y de lo que empezó a suponer en el mundo intelectual francés.

En marzo de 1933, Emmanuel Mounier conoce a Paulette-Elsa Leclercq, con la que contraerá matrimonio en 1935. Paulette había nacido en Bruselas, y allí trabajaba en los Museos del Cincuentenario, pues había estudiado Historia del Arte. Tuvieron tres hijas. Paulette vivió hasta 1991: la frenada brusca del vagón de metro en el que viajaba en París le provocó una caída, y tuvo una embolia como consecuencia. Tras su muerte se publicaron estas palabras de su marido, encontradas entre sus papeles, donde brilla la delicadeza, la limpieza, la luminosidad, la fe, la ternura y la alegría de Emmanuel Mounier¹⁴:

11 Nuncio BOMBACI, *op. cit.*, p. 86.

12 *Action française* fue —y sigue siendo, aunque con menos vigor— un movimiento político monárquico surgido como consecuencia del caso Dreyfus a finales del s. XIX. Charles Maurras fue su dirigente en tiempos de Mounier.

13 Emmanuel MOUNIER, *Confesiones para nosotros, cristianos*, en *Obras completas*, vol. I, *op. cit.*, p. 424.

14 C. DÍAZ, *Emmanuel Mounier*, *op. cit.*, p. 60. Estos calificativos son de Carlos Díaz.

Marzo de 1933

Gracias, Dios mío, por haberme concedido tocar la Alegría.

No puedo pensar en estos días llenos de Alegría y de Esperanza. Todavía los soy, camino en su luz y toco su presencia. Me gustaría no poner mi mano en ellos para dejarme envolver por ellos. Sin embargo, como esta mañana en el tren, es preciso que les dé vueltas en mi interior. Necesidad irresistible de soñarlos una vez, dos veces, de contármelos, de no dejar escapar su frescura a lo largo de los días en que aún me quede algo para recordar. Este mes transcurrido, este camino. Que no va en absoluto hacia donde quiero ir ni hacia donde no quiero, un camino que no está en nosotros...

La amistad entre Paulette y Emmanuel se forjó en la vida interior de ambos, desde que eran novios. Las cartas de Mounier contienen muchas referencias al amor espiritual «que no conoce ni hombre, ni mujer, ni medida, sino las personas unidas en la caridad de Dios» (2-3-1933, IV, 590), y que consiste en «echar toda la vida en brazos del otro, incluso hasta la carne del alma y la carne de los días que no tienen precio para sí, fuera de la transfiguración que el Otro realiza» (7-3-1933, IV, 591). Para quien vive esta experiencia, «la voluntad de Dios pasa en adelante por aquel a quien se ama» (8-3-1933, IV, 591). El amor en el Amor será su nueva pedagogía.

Esprit estaba en el punto de mira de muchos intelectuales, y también en el de la curia, que no acababa de ver con buenos ojos a aquellos *cristianos rojos*. En julio de 1933 se consumó la ruptura con *Troisième Force*, y al mismo tiempo se constituyeron los grupos de Amigos de *Esprit*: se trataba de promover una suerte de *hogares* (*foyers*) de reflexión. «Hogares de amistad, estudio, testimonio y centro de convergencia» de varios movimientos de inspiración personalista: así definía Mounier su proyecto: una red de grupos dispersos por las principales ciudades francesas, con algunos fuera de Francia, donde verdaderamente se viviese este espíritu personalista y comunitario, gracias a una relación auténtica «de persona a persona».

El personalismo como anti-ideología

La defensa de la persona... encuentra opositores, ya sea en el materialismo capitalista, o en el estatalismo. Nosotros los cristianos ponemos en el centro la persona del Cristo encarnado... Todo nuestro esfuerzo doctrinal ha buscado salvaguardar el significado de la persona de los errores individualistas y de los colectivistas.

DEL INFORME PRIVADO SOBRE *ESPRIT* PARA LA DIÓCESIS DE PARÍS. 1936

Emmanuel Mounier sitúa la filosofía personalista entre las corrientes de pensamiento más importantes del siglo XX. En un libro de 1947, *Introducción a los existencialismos*, el propio Mounier considera el personalismo como una pequeña rama de las dos grandes ramas del existencialismo. Así lo describe Carlos Díaz: «El árbol que Mounier dibuja hunde sus raíces en el mundo greco-cristiano; la base de su tronco la forman Pascal, Maine de Biran y Kierkegaard, y la altura del mismo la fenomenología, de cuyas ramas surgen autores dispares, desde Nietzsche y Sartre hasta Jaspers, incluido el propio personalismo, la rama más corta»¹⁵. Esas raíces greco-cristianas las constituyen Sócrates, los estoicos, san Agustín y San Bernardo. Y las dos grandes ramas que parten del tronco vienen a representar las dos clases contrapuestas del existencialismo: la primera, a través de Nietzsche y de su «muerte de Dios», va de Heidegger a Sartre; la segunda enraíza en el tronco cristiano, que Mounier describe así: «Eminente dignidad, frente a la naturaleza, de la imagen de Dios, rescatada y evocada por el Cristo encarnado; primado de los problemas de salvación sobre las actividades de saber y utilidad»¹⁶. Para Mounier es éste el terreno abonado para recibir la exigencia existencialista que él mismo formula «como una reacción de la filosofía del hombre contra el exceso de la filosofía de las ideas y de la filosofía de las cosas»¹⁷, esto es, contra idealismos de corte racionalista y contra positivismos materialistas. Y hay que subrayar que, para Emmanuel Mounier, ese existencialismo

¹⁵ C. DÍAZ, *¿Qué es el personalismo comunitario?*, Fund. E. Mounier, colección Persona nº 1, Madrid, 2002, p. 31.

¹⁶ E. MOUNIER, *Introducción a los existencialismos*, en *Obras completas*, vol. III, p. 90. La obra se publicó en 1947.

¹⁷ *Ibid.*, p. 88.

inertado en la tradición judeo-cristiana, que es preciso recuperar, es el que viene a coincidir con el personalismo.

¿Podemos, entonces, afirmar que Mounier identifica existencialismo cristiano y personalismo? La primera misión del existencialismo es la de recuperar la vida y la existencia del hombre como principal problema de la filosofía, es decir, poner de nuevo en el centro la pregunta por el hombre, frente a la proliferación de las cosas, del mismo mundo de las ideas o incluso del espíritu. Pero la cuestión sobre el hombre puede plantearse de manera individual o comunitaria; y sólo desde la matriz judeo-cristiana es capaz de superar las tendencias individualistas el existencialismo que se pregunta por el hombre, sin caer en una concepción colectivista que tenga a lo social por centro. Por lo tanto, la respuesta a la pregunta anterior es afirmativa: podemos decir que el personalismo es esa ramita del existencialismo que evita las tentaciones individualistas y colectivistas de la existencia, es decir, que se trata de un existencialismo de base judeo-cristiana.

En 1949, en su libro *El personalismo*, presenta Mounier una breve historia de la noción de persona y de la condición personal. Y escribe: «Simétricamente a Kierkegaard, Marx acusaba a Hegel de hacer del espíritu abstracto, y no del hombre concreto, el sujeto de la historia, de reducir a la idea la realidad viviente de los hombres»¹⁸. Más adelante, apunta: «Parece que lo que se podría llamar revolución socrática del siglo XIX, el asalto a todas las fuerzas modernas de despersonalización del hombre, se hubiese dividido en dos ramas: una, por Kierkegaard, llama al hombre moderno, aturdido por el descubrimiento y la explotación del mundo, a la conciencia de su subjetividad y de su libertad; la otra, por Marx, denuncia las mistificaciones a las que lo arrastran las estructuras sociales inertadas en su condición material, y le recuerda que su destino no está solamente en su corazón, sino también en sus manos. ¡Funesta división!»¹⁹. Mounier estaba convencido de que las dos líneas no habían hecho más que separarse, y ante tal drama, la tarea encomendada al siglo XX no podía ser otra que remontar más allá de tal divergencia, tratando de recuperar la perdida unidad de origen. De ahí que considerase

¹⁸ E. MOUNIER, *El personalismo*, en *Obras completas*, vol. III, pp. 454-460.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 458.

que el personalismo, cultivado por el movimiento *Esprit*, sufría dos fuertes presiones: la de la renovación existencialista (que contribuía a revivir problemas esencialmente personalistas como la libertad, la interioridad, la comunicación o el sentido de la vida y de la historia), y la provocada por la renovación marxista, que instaba a liberarse de las mistificaciones idealistas, a afirmarse sobre la condición común de los hombres, y a vincular la filosofía con los problemas reales de la ciudad y de las personas. Y como resultado de este doble forcejeo, Mounier detectará tres tendencias en el personalismo francés de entonces: la tangente existencialista del personalismo, a la que se acercan Berdiaev, Landsberg, Ricoeur y Nédoncelle; la tangente marxista, rival de la anterior en no pocas ocasiones; y la tangente más clásica insertada en la tradición reflexiva francesa, con figuras como Lachière-Rey, Nabert, Le Senne, Madinier y Lacroix.²⁰

Según lo anterior, pues, el personalismo viene a situarse entre el existencialismo y el marxismo. Comparte con el primero el interés por la existencia del hombre concreto, pero subrayando la diferencia entre individuo y persona, y recalcando que la existencia individual no es propiamente existencia personal, al caracterizarse la persona por una actitud de presencia y apertura hacia los demás, a todas luces lejana del individualismo; y con el marxismo vendría a compartir el rechazo de las concepciones desencarnadas del idealismo, así como la lucha a favor de la justicia social, en una organización política básicamente igualitaria. El personalismo considera, sin embargo, que la existencia colectiva no es lo mismo que la comunión interpersonal, ya que lo social y sus estructuras (racionalidad, ciencia, Derecho o Estado...) son necesarios como soporte de la intersubjetividad, pero insuficientes para fundar una verdadera comunidad de personas.

En ambos casos, el elemento diferenciador es clave y apunta a la dimensión comunitaria del personalismo. El individuo no es —todavía— la persona, porque ésta es esencialmente comunitaria. La colectividad no equivale tampoco a la comunión interpersonal, porque sólo esta última realiza en plenitud la existencia propia de la persona. Mounier llega así a la conclusión de que «constituye un pleonismo designar a la civilización que [el personalismo] persigue,

20 *Ibid.*, p.460.

como personalista y comunitaria»²¹, porque el personalismo es esencialmente comunitario, y es esta característica la que lo distingue de las formas individualistas del existencialismo o de las interpretaciones colectivistas del marxismo, pero también de las filosofías clásicas de la persona, que no llegan a dar con una formulación lo bastante radical de su dimensión comunitaria.

Todas estas ideas las iba exponiendo Mounier en *Esprit* y en la colección de libros que llevaba el mismo nombre. Ahí publicará en 1935 *Revolución personalista y comunitaria*, y en 1936 *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, así como el *Manifiesto al servicio del personalismo*. En el ensayo sobre la propiedad pergeña el estatuto que debería asumir la propiedad en una sociedad donde quedasen superadas las contradicciones del capitalismo y del comunismo (cita a Santo Tomás de Aquino, considerando las enseñanzas de Maritain). Se trata de una reflexión fundamental sobre los límites del derecho a la propiedad, un debate muy vivo entre los pensadores católicos de entonces. El tema del trabajo también es capital, porque para Mounier una economía humana es aquella que considera el trabajo como título de adquisición de la propiedad, de acuerdo con el principio de la primacía del trabajo sobre el capital, y conforme con la encíclica *Quadragesimo Anno*, de Pío XI, que defendía el carácter evolutivo del régimen de propiedad y reconocía en el derecho a la propiedad una doble finalidad, individual y social. Y es que, en la visión cristiana, la propiedad se configura como un derecho relativo, frente al carácter absoluto que le confirió la tradición romana (recogido en el Código napoleónico). Mounier rechaza la interpretación burguesa de la propiedad, y muestra cómo un pensamiento de inspiración cristiana ha de velar para que no se cometan abusos en este campo, considerando que los obreros tienen derecho a participar del fruto de su trabajo, de manera que cuando un régimen capitalista —o el que fuera— llegase a impedirlo, entiendan que es legítima la intervención pública.

Entre 1934 y 1936, un nuevo grupo de intelectuales ingresaba en la redacción de *Esprit*: Pierre-Henri Simon, desde Lille, Jacques Lefranc desde Bruselas y Jean Lacroix desde Dijon. Hay que mencionar también las contribuciones de Paul-Louis Landsberg, filósofo alemán de origen

21 *Ibíd.*, p. 475.

judío y convertido al cristianismo, que moriría durante la guerra en un campo de concentración, y de quien Mounier destaca su estudio sobre el compromiso. Precisamente esta cuestión del *compromiso* afectó directamente a *Esprit* con ocasión de la guerra civil española y los acuerdos de Munich (firmados la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938 por representantes de Alemania, Francia, Italia e Inglaterra). Hitler se vio con campo libre para conquistar la región de los Sudetes, y emprendió después la invasión de Checoslovaquia. El 3 de octubre Italia invadía Etiopía. En los meses que siguieron, *Esprit* planteó abiertamente la necesidad de oponer firme resistencia al fascismo. Se puede afirmar con rigor que en Mounier se da una auténtica *Filosofía del compromiso* (*engagement*), muy ligada a un pensamiento de la acción. «Una persona se prueba por sus compromisos», escribe en *Rehacer el Renacimiento*; y subrayará «la importancia de la fidelidad y de la presencia en el mundo a través del compromiso», centrando la acción en el testimonio y no en el éxito. Pero sin menoscabo para esta centralidad del compromiso, Mounier reconoce que lo principal es ser persona: «el primer recurso espiritual no es una toma de conciencia revolucionaria sistemática, sino aprender a ser una persona».

En otro orden de cosas, pero en relación con lo anterior, Mounier destaca cuatro dimensiones fundamentales de la acción: el hacer (*faire*) —enfocado hacia la eficacia—, el actuar (*agir*) —que comprende la autenticidad ética—, la acción contemplativa —o perfección al servicio de los valores, que tiene carácter universal—, y el aspecto colectivo de la acción, que implica a los demás. Estas dimensiones le permiten diferenciar los distintos tipos de acción, según la dimensión que domine: si a la acción política corresponde una mayor eficacia, no por ello queda exenta de las demás dimensiones; en la acción profética prevalece la preocupación por los valores y su proyección universal. Pero hay que considerar la tensión que se da entre lo político y lo profético, que remite a un nivel más hondo del compromiso donde juega la atención a la trascendencia²². Sin esta presencia de la trascendencia, vinculada a la creencia en un Ser Supremo o a una superación del propio hombre por su elevación hacia algo/Alguien que está más allá de sí mismo, para Mounier, el compromiso queda en nada. La trascendencia está en el corazón mismo del compromiso,

22 Guy COQ, *op. cit.*, pp. 73-74.

pues es la que sostiene la relación entre compromiso y libertad, al permitir a la libertad comprometerse. Cuando queda iluminado por la trascendencia, el compromiso no puede asfixiar la libertad, porque es la libertad la que se compromete merced a la presencia de esta luz profunda.

Una política de *voltigeurs*

Si en los primeros tiempos *Esprit* despertó algún recelo en una jerarquía católica vigilante, en los años que preceden la publicación de la encíclica de Pío XI *Divini Redemptoris*—que condena el comunismo—el clima de sospecha se agudiza. También por la adhesión crítica de *Esprit* al *Front populaire* en 1936, o por el posicionamiento ante la guerra civil española. Mounier tuvo que redactar un informe donde quedaba patente la fidelidad a la Iglesia por parte de los católicos de *Esprit*; la jerarquía católica se tranquilizó y le tranquilizó a él.

Pero la II Guerra mundial estaba en puertas. Ante los acontecimientos que la desencadenaron, Mounier propuso una acción de *voltigeurs*, esto es, de volatineros, como aquellos soldados que formaban el cuerpo de élite así llamado. Se trataba de organizar pequeñas células a las que se encomendarían tareas muy concretas como campañas de sensibilización u otras, fruto de un análisis riguroso de los hechos y las situaciones locales; y cuando fuera preciso implicarían al grupo *Esprit* de referencia. El objetivo de esta nueva publicación quincenal era comentar con cierta inmediatez los acontecimientos que sobrevenían. El primer número de *Esprit* durante la guerra incluía el nuevo impreso, que saldría hasta junio de 1940. El editorial del 19 de octubre de 1939 reprochaba a los franceses no haber sabido ver las consecuencias de los acuerdos de Munich. *Esprit* y *Voltigeurs* insistían en la urgencia de un *renacimiento espiritual*, y llamaron a los franceses a despertar frente al totalitarismo que se veía llegar (sin embargo, pese al marcado acento *antimuniqués* de *Esprit*, algunos aceptaron el pacto de Munich, confusos, como tantos franceses que querían la paz). Pero la posterior anexión de Austria desencantó a todos y les puso más en alerta. Mounier no dudó en criticar la acogida que el arzobispo de

Viena dio a las tropas alemanas. La postura de *Esprit* fue elogiada por Bernanos en un conocido texto que escribió por aquel entonces²³.

Todas estas deliberaciones en torno a la guerra abrieron en *Esprit* una reflexión sobre la posibilidad de una democracia «personalista» basada en un verdadero «estatuto de la persona». Mounier no dejaba de preguntarse cómo promover la paz en medio de aquella realidad histórica. Reflexionaba así: «en vez de imaginar las relaciones de los hombres bajo el aspecto de un sueño bienaventurado y de una dulzura indiferente, *yo reconoceré en un aspecto esencial de la paz cristiana una transfiguración de la fuerza; no ya violencia agresiva, sino vigor tenso, ofensivo, aventurero, generoso. [...]. La paz no es un estado débil, es el estado fuerte que requiere de nosotros el máximo de desprendimiento, de esfuerzo y de riesgo para mantener en ella el heroísmo de nuestra vocación cristiana*»²⁴. En *Los cristianos ante el problema de la paz* explicaba qué no era la paz, al tiempo que criticaba la superficialidad de quienes pensaban que Munich había salvado la paz porque había evitado —momentáneamente— la guerra. También pensó mucho sobre el discurso católico de la *guerra justa*, concluyendo que la guerra moderna es una catástrofe espiritual desproporcionada. Estaba convencido de que los cristianos no pueden salvar la paz renunciando a luchar contra las potencias oscuras que amenazan la civilización y al mismo cristianismo.

La experiencia que Mounier y su familia vivían en Bélgica con la familia Lefrancq llevó a Mounier a iniciar un grupo *Esprit* cerca de París, una comunidad de familias que diese testimonio de los valores personalistas, y que contara también con una escuela. Así nació la comunidad de *Les Murs Blancs* (los Muros blancos) en Châtenay-sur-Malabry, a unos veinte kilómetros de París. Pero la guerra lo truncó todo, y hasta que no acabó no pudieron trasladarse. *Les Murs Blancs* sería lugar de confrontación e indagación sobre los principales temas de interés en el mundo católico de los años cuarenta: la relación entre fe y cultura, y entre fe y ciencia, el compromiso temporal del cristiano, las perspectivas de renovación en la Iglesia... Allí acudieron

23 Se trata del escrito *Nous autres Français*, de 1939.

24 E. MOUNIER; *Los cristianos ante el problema de la paz*, en *Obras completas*, vol. I, *op. cit.*, pp. 926-927. Los textos en cursiva están así en el original.

científicos como Teilhard de Chardin, profesores como Bachelard, y los más eminentes teólogos de Lyon-Fourvière y de Le Saulchoir, como de Lubac, Congar o Chenu.

Mounier fue llamado a filas, y Paulette y la pequeña Françoise – que había nacido en 1938— se trasladan a Dreux, con la familia de Touchard, quien al estar exento de alistarse se encargó de las publicaciones. Por su visión limitada en un ojo, Monier fue destinado a un puesto auxiliar en un escuadrón de Cazadores de los Alpes, cerca de Grenoble. Convivió así con compañeros de extracción humilde, y escribía a Paulette sobre la desazón que le producía todo lo que le distanciaba de aquellos soldados. Leía entonces a Scheler y a Marcel, y seguía preguntándose por tantas cosas²⁵... El 17 de septiembre de 1939 escribe a su esposa:

«La guerra mostraba al fin su rostro en nuestra estancia campestre cuando fueron alineados contra el muro del castillo doscientos o trescientos fusiles, y después pasaron a las manos y uniformaron a estos muchachos hasta hace poco todavía campesinos, obreros y vendedores ambulantes. Yo buscaba en su rostro la sombra de la muerte, la mueca que harían cuando los mataran. Veía de lejos al cura con sotana y armado. Pensaba en el cuerpo de Cristo y en lo que se hacía con él en este instante».

Las cartas de este periodo hablan mucho de su hijita Françoise, que tenía una discapacidad muy severa como consecuencia de la encefalitis que le provocó una vacuna. Estas son algunas muestras:

«Hay desgarros y tristezas, pero nada que pueda producirnos angustia, impotencia o abandono total. Y además sabemos que cada prueba no es algo negativo, sino un anticipo de Cristo que nos pregunta con dulzura ‘¿quieres llegar a ser un poco más, quieres aprender un poco más lo que es el amor, al que la felicidad aparta?’ Con todo mi corazón, con todo nuestro corazón, espero que Françoise sea lo que nos gustaría que fuera, pero si

25 Proyecta, por ejemplo, estudios sobre el sentido cristiano de la comunidad, o redacta un ensayo sobre los valores judeocristianos y el personalismo católico, que verá la luz más tarde.

Dios quisiera otra cosa, no estoy seguro de que no fuésemos a encontrar una alegría espiritual mayor haciéndola caminar por caminos oscuros que haciendo de ella una mujercita corriente.»

«... Sentía acercarme a esta cuna sin voz como a un altar, como a algún lugar sagrado donde Dios hablaba como por un signo. Una tristeza penetrante y profunda; profunda, pero ligera y transfigurada. Y alrededor de ella, una adoración, no tengo otra palabra. Con toda seguridad, nunca he conocido de forma tan intensa la oración, como cuando mi mano le decía cosas a esta frente que no respondía nada, cuando mis ojos se arriesgaban hacia esta mirada distraída, que llevaba lejos, lejos por detrás de mí, no sé qué acto emparentado con la mirada, un acto que miraba mejor que la mirada. Misterio que sólo puede ser de bondad; me atreveré a decir: una gracia demasiado grave, una hostia viva entre nosotros, muda como la hostia, resplandeciente como ella. Estos días leía a Bremond. Si toda plegaria verdadera se fundamenta en la muerte de las potencias, sensibles, intelectuales y voluntarias, si la fina punta del alma del niño bautizado, como escribe no sé qué autor espiritual, es puesta en el instante del bautismo en contacto directo con la vida divina, ¿qué esplendores se ocultan en este pequeño ser que no sabe expresar nada a los hombres? Le hemos deseado durante muchos meses que se marchara si tuviera que quedarse así. ¿No es esto sentimentalismo burgués? ¿Qué quiere decir para ella “ser infeliz”? ¿Quién puede decir que ella lo es? ¿Quién sabe si no se nos ha pedido que guardemos y adoremos una hostia entre nosotros, sin olvidar la presencia divina bajo una pobre materia ciega? Mi pequeña Françoise, tú eres para mí la imagen de la fe. Aquí abajo, la conoceréis en enigma y como en un espejo...»²⁶

En julio de 1940, la compañía de Mounier pasó a zona libre y fue desmovilizada. Él vivió casi un año en Lyon, junto a Paulette, en condiciones muy precarias, pero enriquecido por tantos encuentros: Henri de Lubac, el hermano Roger y Max Turian —a punto de fundar la comunidad ecuménica de Taizé—... En agosto del 41 nació su segunda hija (la tercera nacería en París en 1947). En el curso escolar 1940-

26 Emmanuel MOUNIER, *Obras completas*, vol. IV, pp. 730 y 763-764, respectivamente.

41, Mounier volvió a la enseñanza, impartiendo cursos de filosofía, psicología y caracterología en la Institución Robin de Vienne. Como tantos otros intelectuales, llegó a pensar que sólo desde dentro del régimen de Vichy podría hacer algo para contrarrestar la amenaza nazi. La jerarquía católica y los miembros más relevantes de la *Académie Française* (a excepción de Mauriac) reconocieron al gobierno de Vichy. Pero frente a lo que llegaron a creer algunos, Mounier no tuvo intención alguna de tolerar el nazismo; no quería compromisos con aquel régimen de horror y de muerte. Hay que denunciar la utilización que ciertos intelectuales, deseosos quizás —como suele ocurrir— de volver a escribir su pasado, han hecho de Mounier, presentándolo como una suerte de chivo expiatorio; por fortuna, otros estudiosos le han apoyado frente a aquellos detractores interesados.

Esprit volvió a salir al ritmo habitual durante la etapa que Mounier pasó en Lyon. Chevalier, su maestro de Grenoble, fue nombrado Secretario de Estado de Educación Nacional, y aconsejó a Mounier que cambiase el nombre de la revista; pero no lo hizo, y siguió con la que denominaba estrategia del entrismo (de 'entrar'), entrando en el terreno del adversario, como expresaba en Manifiesto al servicio del personalismo. Jean Lacroix introdujo en el movimiento a alumnos prometedores como Jean Marie Domenach o Gilbert Dru, una de las figuras más emblemáticas de la resistencia.

En su empeño por combatir el régimen desde dentro, Emmanuel Mounier colaboró con organizaciones juveniles de Vichy, como *Chantiers de la Jeunesse*, *Jeune France* y *Compagnons de France*, pero halló corrupción entre los dirigentes de la última asociación y le retiraron la colaboración con la revista. En Lyon volvió a encontrar al padre Guerry (de Grenoble), que era ahora secretario de la conferencia de obispos de Francia. También participó en la École nationale de cadres en Uriage²⁷, donde participaron también el dominico Chenu o el jesuita de Lubac.

El primer número de *Esprit* en esta fase lionesa trató sobre el complejo de culpa que oprimía a los franceses tras el armisticio. Gabriel Marcel invitaba a vencer aquel estado de ánimo en *Note sur la condamnation de soi* (Nota sobre la condenación de uno mismo), donde escribió: «desde el momento en que estamos sensiblemente batidos y abatidos, debemos ponernos en guardia

27 Esta Escuela la fundó Pierre Dunoyer de Segonzac, capitán de Saint-Cyr, un hombre íntegro que seguía viendo en Pétain al «vencedor de Verdun» y estimaba que en su gobierno cabía la oposición al nazismo. Muchos de los componentes de esta institución ayudaron a la Resistencia.

con más rigor contra las tentaciones de autocondena». La revista tomó partido contra Chevalier, que volvió a introducir la enseñanza religiosa en las escuelas y se negó a readmitir a un profesor judío en la universidad de Grenoble. Mounier rompió con el que fuera su maestro. Esprit, cada vez peor vista por el gobierno de Vichy, fue suprimida en agosto de 1941.

La cárcel

El cristiano había llegado a ser un hombre que no iba ya a prisión. La contraseña de los hombres que vinieron a hacer pesquisas era: «Seguridad general». Seguridad sobre los egoísmos y los miedos; sobre los beneficios y los apaños, sobre la envidia y la pálida avaricia, seguridad general, sofocamiento de todas las inquietudes personales. El cristiano se había instalado en la seguridad general. Era bueno lo que no perturbaba los ritos, malo lo que introducía una pizca de inquietud, fuera para mal o para bien. Cuando se han pasado diez años de la juventud corriendo sin gran riesgo por los caminos de la virtud de la inseguridad, ¿por qué habría que quejarse uno de recibir una visita un poco intempestiva de la seguridad general?

«CUADERNO DE LA PRISIÓN», 27-1-1942. O. C. IV, 826

Tras todas estas exclusiones, Mounier quiso dedicarse al estudio. Proyectó un trabajo sobre caracterología, para el que pidió orientación bibliográfica a Henri de Lubac, en diciembre de 1941. En su carta le decía que quería delinear «el rostro del hombre que se esfuerza por vivir en lo eterno». También concibió, junto a Lacroix, Marroux y Fumet, elaborar una Declaración de los derechos de la persona, que tendría su importancia en el debate que se generaría tras la guerra sobre los principios inspiradores de la nueva constitución de Francia. Tal Declaración fue uno de los cargos aducidos en el proceso que se abrió a Mounier por actividades antigubernamentales, y especialmente por sospechar que participaba en el movimiento resistente *Combat*. Por ello le arrestaron el 15 de enero de 1942 y le llevaron a la cárcel de Lyon; salió a las seis semanas, pero pasó al régimen de arresto domiciliario en

Clermont-Ferrand; después fue transferido a Val-les-Bains, en régimen de internamiento administrativo. En junio inició una huelga de hambre con otros compañeros. De julio a octubre del 42, Mounier volvía a Lyon como preso político en la prisión de Saint Paul, donde redactó su Tratado del carácter. El 30 de octubre era puesto en libertad, pero los alemanes invadieron la región en noviembre y le vino justo para escapar a la región de Drôme, donde residió con nombre falso hasta que terminó la guerra, en un pueblecito de nombre curioso: Dieulefit (Dios lo hizo). Allí lo esperaban Pierre Emmanuel y otros amigos, que le ayudaron económicamente. Se dedicó a leer, a escribir y a ejercer de padre; también preparó dos congresos *Esprit*, que se celebraron en 1943 y 1944, para pensar en la revista tras la guerra, y a los que acudieron Lacroix, Marroux, Emmanuel, Dru y Beuve-Méry, entre otros. Mounier seguía escribiendo; también se entrevistó con miembros de la Resistencia de la zona sur. Y tuvo unas «conversaciones» con Nietzsche, a quien volvió a leer; hubo de acudir a las fuentes cristianas para rebatirle, y se dio cuenta de que, frente a la osadía de los «hijos de la tierra», los cristianos se quedaban cortos en el combate. Por eso escribe *El afrontamiento cristiano*, donde recalca la importancia de la respuesta que ha de dar el cristiano a los desafíos del filósofo de la muerte de Dios: una respuesta que «envuelve, disuelve y transfigura en la fe vivida la angustia depositada por Zaratustra en el corazón de la conciencia contemporánea»²⁸. Denunció un espiritualismo desencarnado cuyo interés principal es salvar la propia alma, y un individualismo que torna el alma religiosa en mero espectador...

El 25 de agosto de 1944 se liberaba París. Los Mounier regresan. *Esprit* sale el 14 de diciembre, y establece su sede en los locales de las Ediciones du Seuil. A finales del 44 la comunidad formada por las familias Mounier, Fraisse y Marrou se traslada por fin a Les Murs Blancs. A ellos se sumarán los Domenach en 1946, los Baboulène, en el 47, y poco después Paul Ricoeur y su familia. Un domingo al mes, la comunidad acoge a los amigos de *Esprit*. Y organizan jornadas y seminarios a los que acuden filósofos, teólogos y científicos. *Esprit* se convierte en una gran revista donde escriben los más prestigiosos autores del momento, siempre con esa intención —que vuelve a recordar Mounier— de lograr una irreductible fidelidad al hombre, en un mundo cada vez más deshumanizado.

28 Emmanuel MOUNIER, *Obras completas*, tomo III, p. 28.